

Manchay Puitu

(Versión boliviana)

En tiempos de la colonia el indio sólo podía disponer de dos caminos para liberarse del repartimiento, forma de servidumbre feudal, y del yanaconaje, forma de esclavitud. Esos dos caminos eran el sacerdocio y el arte, este último en su expresión religiosa. Aunque dichos caminos no se hallaban abiertos de modo ilimitado para los indios, muchas veces lograban ellos hacerse sacerdotes, pintores o escultores. La historia nos transmite algunos nombres de sacerdotes indios, ante todo de artistas indios como Diego Kispé Titu y Titi Kusi Yupanqui. El primero, no del todo identificado todavía, es autor de "La Mamacha", célebre óleo que se conserva en el Cuzco, y el otro creó la famosa escultura de la Virgen de Copacabana.

Hacia mediados del siglo XVIII vivía en la Villa Imperial de Potosí un sacerdote indígena cuyo nombre no recuerda la leyenda. Era natural de Chayanta, hijo de un yanacona que servía a un español de rango Niño él, revelaba una inteligencia poco común, en vista de lo cual el amo resolvió dedicarlo al servicio de Dios y costeó sus estudios en un seminario del Arzobispado de la Plata. Allí se distinguió por su claro talento y, una vez recibidas las sagradas órdenes, fue ejerciendo su ministerio en diversas parroquias alejadas de la diócesis. Pero no era un sacerdote como tantos. Su vida edificante y sus dotes excepcionales hicieron que pronto, como premio, fuese destinado a la Iglesia Matriz de la Villa Imperial. Desde sus años de seminarista había demostrado aptitudes singulares para la poesía y la música. Sus himnos a la Virgen de Guadalupe — letra y música — fueron muy celebrados en Charcas (Sucre). Compañía sus versos en quechua y en su música palpaba el sentimiento puro de su raza. De ahí que no tardó mucho en rodearse de celebridad y de afecto en la Villa.

No tenía parientes en Potosí, de modo que vivía solo. Para la atención de la casa, el sacerdote contrató, como era costumbre, los servicios de una India salida de una comunidad. La india era poseedora de muy notables cualidades: ordenada, hacendosa, diligente; pero, ante todo, muy joven y muy hermosa. Por su parte, el sacerdote, aunque tenía muchos amigos, no era partidario de la vida de sociedad; a diferencia de sus colegas de ministerio, no le gustaba acudir a las tertulias y a los saños. Pasaba largas horas en su gabinete, sumergido en un laberinto de infolios. A veces, principalmente por la noche, le gustaba hacer música. Su instrumento favorito era la quena. La tocaba con mucha fluidez, con mucha dulzura. A pesar de todo, o por ello mismo, lo quería el pueblo potosino.

Así vivió el sacerdote un buen tiempo, en medio de sus infolios y su música. Los amigos le buscaban cada vez menos y cada vez menos salía él de la casa. Por su parte, la sirvienta vivía absorbida por los quehaceres. Aunque éstos no eran excesivos ni muy pesados, no le gustaba permanecer inactiva. Llenaba las horas de ocio con el hilado y el tejido, si es que no había bollos y confituras u otras golosinas para el sacerdote, su amo.

El género de vida que se llevaba en la casa fue aproximando poco a poco al amor y a la sirvienta. A veces, después del rosario y antes de levantar la quena, el sacerdote conversaba con la joven. La plática era siempre sabrosa y amena. Cada uno se acordaba de los años de la infancia en el terruño y como suave aroma se impregnaba de nostalgia la noche. Poco a poco se iban alargando las pláticas, las cuales no tardaron en abarcar inclusive los espacios reservados al rosario. De este modo, poco a poco, fue naciendo entre ellos el sentimiento de amor. El amor echó hondos raíces y fue creciendo con fuerza arrolladora. Al cabo, decidieron ambos unir sus vidas para siempre.

El amor ocupó por entero el sitio de los infolios y la quena misma sólo servía ahora para hacer más dulces las horas de idilio y más plena la ventura de los corazones. Parecía haber detenido su marcha el tiempo y era como si la vida hubiese sido hecha exclusivamente para el culto del amor. El sacerdote apenas salía de la casa y era sólo a fin de no dejar abandonados los deberes de su ministerio.

Pero como nada puede permanecer oculto debajo del sol, estos amores acabaron por deslizarse primero como simple presunción en el chisme callejero, para ir adquiriendo cuerpo en los comentarios de los salones y caer finalmente con colores de escándalo en la inmundicia de los hogares. Los rumores y comentarios no se detuvieron en los suburbios de la Villa Imperial, sino que pronto llegaron hasta la ciudad de La Plata y no pararon sino cuando hubieron rebasado las puertas del palacio del Arzobispado. Allí se comprendió que era necesario detener los comentarios y echarse un velo al escándalo. Como el medio más apropiado se escogió el alejamiento temporal del sacerdote. En consecuencia, éste recibió la orden de emprender viaje, con cierta misión, a la ciudad de los Virreyes (Lima).

No obstante de que el viaje era largo y no exento de riesgos, los amantes no sufrieron mucho al separarse, convencidos como estaban de que al cabo de unos meses, dos o tres, cuatro a lo sumo, se hallarían en condiciones de reanudar la dichosa vida que hasta entonces habían llevado.

Pero, contra todas las previsiones de los enamorados, la separación se hizo muy larga y penosa. El viaje resultó lento y salpicado de incidencias a cual más desagradables. Para colmo de males, las autoridades eclesásticas de Lima le detuvieron, sin necesidad aparente, más tiempo del que él hubiese deseado. Como si todo esto

fuera poco, de regreso encontró los caminos casi deshechos por las lluvias y los ríos tan cargados que tuvo que quedarse días enteros a la orilla, esperando que mermasen las aguas hasta hacer posible el vado. Entre tanto, la joven vivía en completo aislamiento. No veía a nadie y no salía de la casa sino cuando necesitaba proveerse de subsistencias. Los primeros meses transcurrieron con relativa velocidad. Ella los venció asistida por el constante recuerdo del bienamado y sostenida por la esperanza de que él volvería en el plazo prometido. Una y otra vez reconstruía en su imaginación las horas más dulces y los pasajes más venturosos vividos al lado de su amante. Dormida y despierta soñaba con él. Al cumplirse el segundo mes, ella dijo: "No importa. Dentro de un mes llegará". Pero se cumplió el tercero también y ella pensó: "en fin, será dentro de otros meses". No habiendo visto llegar al amante al final del cuarto mes, la joven comenzó a sentir inquietud. Una inquietud que cada día era más honda y más punzante. Mientras crecía su inquietud su esperanza iba languideciendo por grados.

De este modo la ausencia del sacerdote resultó fatal para la pobre enamorada. Las veces que salía en busca de provisiones, caían sobre ella miradas hostiles como saetas. En la recova le dirigían frases aviesas y la trataban con torpeza. Y era que el amar a un ministro del Señor constituía la mayor desgracia para una mujer. Las gentes de su raza la repudiaban y las demás tendían a hacerle la vida insostenible.

Ahora la soledad de la joven ya no se poblaba de suaves añoranzas ni de dulces sueños. La soledad, ahora, era un verdugo que iba estrangulando su esperanza y al mismo tiempo consumiendo la vida. La enamorada no salía ya con ningún motivo a la calle. Un día se le acabaron las provisiones y desde entonces no volvió a comer. Y pronto no dio más señales de vida.

Un silencio absoluto reinaba en la casa. Día tras día las puertas permanecían cerradas. Algunos vecinos, curiosos y audaces, decidieron escalar los muros interiores y a la infeliz enamorada la encontraron en su lecho, muerta. La noticia cundió rápidamente en la Villa; pero la muerte de la joven causó una impresión que no estaba de acuerdo con la animosidad de que a ella se le había hecho víctima en vida. El vecindario quedó consternado. Largas columnas de gente desfilaron delante del lecho mortuorio. Un pensamiento unánime declaraba que el destino había sido demasiado cruel con aquella infeliz criatura y que ella no podía ser merecedora de semejante muerte. El cadáver fue cristianamente sepultado, aunque con la discreción que el caso aconsejaba, en el cementerio común de la Villa.

Pocos días después llegó el sacerdote. Traía hermosos regalos para la bienamada. Ropa de lo mejor, joyas de oro y piedras preciosas, perfumes caros. Pero la casa estaba desierta. La vida, la felicidad y la esperanza había huido de ella. No faltaron quienes acudieran a contarle lo sucedido.

Él escuchó en silencio y reprimió el estallido de su dolor. Pero comenzó a alejarse del trato de sus semejantes. Permanecía todo el día encerrado en su casa, angustiosamente amarrado al recuerdo de la difunta, componiendo versos y música para ella. Por las noches evitando el estorbo de los trasnochadores, iba a visitar la tumba de su compañera de otros días y rociaba con sus lágrimas la tierra que la cubría.

Abandonó totalmente sus deberes de sacerdote y huía de la gente como un réprobo. No sólo no se empeñaba en alejarse del recuerdo de la amada, sino que se aferraba cada vez más a su imagen, a su ternura, a su muerte.

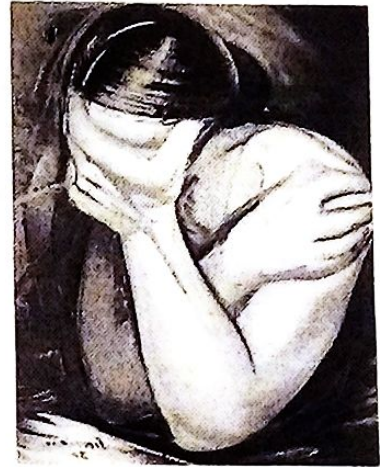
En otros tiempos alternaba los deberes de la Iglesia con los goces del amor; ahora todo su tiempo y todo su pensamiento hallábase consagrados al culto de la muerta. Acudía al cementerio como a una cilla. Hacía de cuenta que la bienamada estaba sentada a su lado, sobre la tumba y le hablaba de sus culpas, de su soledad y de su amor inextinguible.

Una noche, tal era su estado de ánimo, comenzó a arañar la sepultura, ansioso de llegar a descubrir los restos de su amante. A la noche siguiente, provisto de los instrumentos necesarios, cavó durante largas horas hasta lograr su propósito: abrió al ataúd y tuvo en sus brazos a la muerta. La arrulló, la mimó como si estuviera viva, hasta que, estando cerca la hora del amanecer, la devolvió a la fosa, no sin antes haberle separado una libia.

La libia fue luego convertida en quena. En ella tocaba el cura uno de los muchos yaravies que habla compuesto para la amada, el más triste, el más expresivo, el más bello. Para tocarlo introducía la quena en un puitu, cantarillo hecho de una arcilla especial, con lo que la música parecía un lamento lúgubre, casi pavoroso y traducía mejor la magnitud de su infortunio. En esa forma iba cada noche a tocar el yaraví sobre la tumba de ella.

A la larga, no sólo de noche ni sobre la tumba iba a tocar su quena, sino que también de día, en los rincones de los suburbios y en las grietas de los barrancos. De esta manera el cura se volvió loco. Más que locura, monomanía, disimulada por el clero y respetada por el vecindario. Porque huía de la gente y porque introducía su quena en un cantarillo para tocarla, le conocían al cura con el nombre de Manchay Puitu, que quiere decir cantarillo del miedo.

Un día el cura no salió de su casa y nadie desde entonces pudo volver a oír los lamentos de su quena. Era que el infeliz había terminado su peregrinación por este mundo.



Manchay Puitu

¿Qué tierra cruel ha sepultado a aquella que era mi única ventura?
Lozana la dejé como una flor.
¿Algún viento maligno tal vez se la ha llevado?
Voy siguiendo su rastro,
Voy buscando su sombra.
¿Es ella quien me da su sombra en el camino
O es sólo el velo de mis lágrimas?

La voy soñando y la beso en mi sueño
En mi congoja, ella acude y me habla.
En mis horas de turbación la veo
En un vuelo de luz baja hasta mí.
¿Fuera mejor que me malara?
¿Quizá mi muerte la ofendiera?
Con la muerte podría aproximarme a ella;
Pero tal vez me alejaría más.

Voy arañando la tumba en que duerme
Mientras cae mi llanto como lluvia sin fin;
Creo que así se ha de ablandar la tierra
Para buscar después en el fondo a mi amada.
Dondequiera que sea.
Así en el seno de la tierra,
Mujer, yo sólo he de adorarla
Y nadie, sino yo, le ha de mirar.

Con el calor más tierno de mi aliento
Conseguiré devolverle la vida.
La abrazaré, la besaré, y mis besos
Despertándola irán suavemente.
Mas, si así no ha de ser,
Ven, no tardes, cición,
Que tus hondos linleblas me davoran
Y en ellas para siempre desaparezca mi vida.

Tú, tierra humedecida con mis lágrimas,
Tú, tierra generosa, albrérganos.
Una sola unidad formamos en el mundo;
Quiero que así quedemos para la eternidad.
Yo soy la noche misma. Busco la soledad.
Yo soy la propia carne de la angustia
Y quiero huir aun de mi pensamiento.

Mas, no. Le arrancaré siquiera un hueso
Y lo tendré en mi seno tal si fuera ella misma.
Se convertirá en quena entre mis manos
Y llorará mis propias lágrimas;
Desde la eternidad,
Desde el origen de la luz,
¿Es tal vez ella quien me está llamando?
¡No!... ¡Es tan sólo el lamento de mi quena!

Jesús Lara (Cochabamba, 1909-1980)
Narrador, poeta, monodista e investigador de la cultura quechua

